

Notas litúrgicas

Lectores idóneos

A la puerta del quirófano espera, inquieta y preocupada, la familia de don Ambrosio. La operación de corazón que le van a realizar es a vida o muerte. Se abre la puerta, sale el cirujano jefe y pregunta: “¿Alguno de los presentes quiere entrar a operar?”. Estupor en el pasillo. Prosigue: “Sí, ¡no me miren así! Al que entre, yo le iré diciendo dónde cortar o coser. Además, seguro que le haría mucha ilusión a la viuda... perdón, a la esposa, que su marido sea operado por su propio hijo”. Con cierta inseguridad, pero alentado por el cirujano, un “valiente”, primo de don Ambrosio, se acerca y acepta el reto. Omitamos el desenlace de esta historia.

No lejos de allí, un hombre ha llegado con demasiada antelación a recoger el coche que había dejado en el taller. Le acompaña su hijo de ocho años Jaimito, al que le encantan los coches. Viene el mecánico, que es amigo del padre desde la infancia, y les dice que solo falta volver a montar el motor e invita a Jaimito a que lo haga, mientras él se va con el padre a tomar una caña al bar de al lado.

Episodios casi tan surrealistas como estos se dan ciertamente en nuestras parroquias cuando, por ejemplo, un domingo se pide leer una lectura a un niño o a cualquiera que pasaba por allí, o en una boda se confía una lectura a la hermana del novio solo porque le hace ilusión. Aunque se dan casos raros de lo contrario, la mayor parte de las veces los demás fieles –además del mismo lector– apenas comprenden nada de la lectura. Por otra parte, cuando una tarea tan importante y delicada es encomendada a personas sin formación ni preparación y además el resultado es malo, ¿qué impresión damos sobre el aprecio que tenemos a la palabra de Dios?

Con esa forma insensata de actuar se hace prácticamente imposible lograr el principal objetivo de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II: la participación activa, consciente y fructuosa de los fieles en las acciones litúrgicas. Porque cuando alguien no es capaz de proclamar mínimamente bien un texto de la palabra de Dios, por muy buena voluntad que tenga, si la asamblea no lo recibe con la claridad necesaria para asimilarlo intelectual y espiritualmente, entonces no hay participación. Es un error llamar “participar” a que todos lean o hagan algo, para contentarles. La *participación* consiste en que TODOS entren internamente en la acción litúrgica en la que *intervienen* ALGUNOS ministros (servidores), capaces y preparados: acólitos, lectores, cantores, etc.

Cierto que se ha hecho costumbre que gente sin preparación lea en bautizos, bodas y comuniones. A veces cuesta decir a alguien que no, pero hay que ir en esa dirección porque aquí nos jugamos algo muy valioso: la eficacia evangelizadora de la palabra de Dios y que esta sea tomada en serio. Cuando en una asamblea no hay nadie capaz de leer dignamente, por sentido común el mismo sacerdote debe suplir esta carencia y leer él mismo no solo el evangelio

sino también las lecturas. No es clericalismo sino pensar en los fieles que necesitan recibir la palabra de Dios.

El remedio a todo esto es procurar que haya un número suficiente de lectores aptos, para cubrir las necesidades de la parroquia, ofreciéndoles formación específica y permanente: conocimiento de las Escrituras, de la comunicación verbal y de los aspectos propiamente litúrgicos.

Emilio Vicente de Paz